

XIV

¡Día radiante! ¡Hermosa mañana!
Bajo los esplendores del cielo azul, el paisaje de los muelles parisienses parece renovado y rejuvenecido. En la parada de coches, cuyo cuero barnizado brilla al sol, el reloj del kiosco señala el medio día y estamos á 1.º de junio. ¡Hermosa hora y bella estación! El Sena con sus ondas verdes parece correr hoy más alegre y más rápido. Los transeuntes se detienen delante de los puestos de libros sintiendo un calor agradable en los riñones, y sobre el puente de las Artes, salpicado por los efluvios de la primavera, uno de los más ancianos miembros del Instituto se sor-

prende tarareando una canción de Desaugiers, que la cantaba en el reinado de Carlos X en un gabinete del *Rocher de Cancale* una griseta con zapatos bajos y mangas de bullones. Verdaderamente rejuvenece. Es preciso vivir.

En su tocador, donde entra por la ventana el aire puro y la luz esplendorosa, la señora de Bernard des Vignes — sí, es la misma — sufre la influencia benéfica del hermoso día.

Pasado mañana va á casarse; pasado mañana se quitará el luto; y encima del diván, en una caja abierta, está el sombrero que se pondrá para la ceremonia. Hace poco la modista se lo presentaba, diciendo con su amable voz de comerciante inteligente:

—Ya lo ve usted, señora. Es lo que usted deseaba. Una cosa seria... Nada más que esta ramita de lilas.

Y probándose el sombrero delante de un espejo, la señora de Bernard lo encontró de un gusto delicioso; vió que le sentaba á la perfección y sonrió.

Sí, sonrió, porque ha aprendido otra vez á sonreír. La aman; ha vuelto á ser mujer y quiere agradar. El día en que á solas con el señor de Voris, que la suplícaba, le dirigió una mirada de consentimiento, la señora de Bernard vió al héroe soldado de las campañas de Metz y del Tonkín caer de rodillas á sus pies, mudo con la emoción de la felicidad y llorar sobre sus manos como un niño. ¿Podrá amar todavía? Por lo menos está segura de ser bien amada. ¡Oh! ¡Cómo va á descansar, á refrigerarse en ese baño de ternura! Además, ¡es tan dulce hacer á alguien feliz!

No, Armando no está olvidado, ni lo estará nunca. Pasado mañana, arrodillada

al lado de su nuevo esposo, la señora de Bernard pensará en su hijo, rogará por él. Y sin embargo, sin embargo... ¡qué lejos está de la antigua desesperación! La negra tristeza que la había sucedido se disuelve y evapora en melancolía... No. Armando no está olvidado. Entretanto la herida se cierra y se cicatriza. La inconsolable padece menos y hace poco — ¡ah, miserable naturaleza! — sonreía á su sombrero de bodas, á ese lindo adorno.

Pero un criado entra y le presenta una carta en una bandeja.

Letra desconocida. La señora de Bernard rompe el sobre. Cuatro páginas. ¿De quién puede ser esta larga epístola? Busca y encuentra la firma: «Enriqueta Perrín,» y lee lo siguiente con un estremecimiento que recorre todo su cuerpo.

«París, hospital Necker, 28 de mayo.»

»Señora:

»Estoy muy enferma en el hospital Necker, y tan débil que no puedo siquiera coger la pluma en la mano. Una vecina de sala, que se halla en convalecencia, tiene la bondad de escribir por mi dictado, y cuando yo esté muerta, sólo cuando esté muerta — lo que no tardará en suceder — hará llegar á usted esta carta.

»No quiero morirme sin pedir á usted perdón por los pesares que la he ocasionado. Supe por Armando lo disgustada que tenían á usted mis relaciones con él. Usted me había admitido en su casa, había sido muy buena conmigo, y siendo la amiga de Armando parecía que yo abusaba de su confianza. Comprendo que us-

ted me odiase mucho y que formara mal concepto de mí. Sin embargo, espero que tenga compasión y me perdone cuando reciba esta carta; porque entonces habré muerto de pena. Los médicos dicen que estoy enferma del hígado, pero desde la muerte de mi amado Armando me siento morir, esta es la verdad.

»Señora, no se miente cuando se va á espirar. Hay que créerme. Yo juro que Armando ha sido mi primero y mi único amigo. Le amé desde luego como una pobre loca, como no es posible amar más. Pero no he sido coqueta, lo aseguro, y aún estoy asombrada de que no se haya avergonzado de una amiga tan ignorante y tan vulgar como yo. Sea usted indulgente, señora, y piense que los dos éramos tan jóvenes...

»Yo sabía que aquello no duraría mucho tiempo, que los jóvenes distinguidos

deben casarse con personas de su clase, que pronto ó tarde usted decidiría á su hijo á dejarme. Pero estaba resignada de antemano, y puede usted creerme, la que había logrado el amor de Armando no hubiera sido una mala mujer. Sí, yo habría sabido vivir en mi rincón con mi caro y único recuerdo de juventud, consolándome con la idea de que Armando hubiera sido feliz con una esposa bella y joven y hermosos hijos. Pero lo que no he podido soportar es que haya muerto en pocos días, á los veinte años, sin abrazarle por última vez.

»Cuando lo supe en la portería de su casa recibí el golpe que me ha muerto. Desde aquel día terrible siento helado mi corazón. Desde luego me sentí indispueta. Además, dos meses después que Armando murió mi anciana tía, y quedé sola. Seguía trabajando—era preciso—

pero como una máquina, y pasaba horas y días sin decir una palabra, con mi pena que me devoraba. Mi único consuelo era ir los domingos por la mañana á llevar flores á la tumba de Armando. Y á propósito de esto, señora, doy á usted gracias por haber dejado mis ramitos al lado de los suyos. Esto es lo que me ha hecho esperar que me odiase usted un poco menos, que casi me perdonara. Por fin caí gravemente enferma. No podía trabajar, carecía de recursos y tuve que venir al hospital. ¡Pero si usted supiera lo que padecí el primer domingo que pasé aquí, pensando que usted no encontraría más que mi ramo marchito de la última vez y creería que había olvidado á mi Armando! Por eso le dirijo esta carta, á fin de que usted sepa que muero con su nombre en los labios.

»Señora, ayer me confesé. La persona

á quien dicto esta carta tiene religión y me aconsejó que llamase á un sacerdote. Desde mi primera comunión no había vuelto á la iglesia, y los curas me daban un poco de miedo. Pero el que vino me habló muy dulcemente y me dijo que mis faltas serían perdonadas. Usted será tan buena como él, ¿no es verdad? y no me aborrecerá por haber amado tanto á su querido hijo.

»Adiós, señora. Si yo osara dirigir á usted una súplica la pediría que cuando fuera al cementerio de Montparnasse comprara, como hacía yo, un ramo de diez céntimos nada más y lo dejara en la tumba de Armando, en mi nombre, al lado de los suyos. El señor cura me ha dicho que se encuentra en el cielo á los que se ha amado, pero á pesar de todo me parece que Armando se alegrará en su féretro de recibir el recuerdo de su pobre amiga. Será

usted muy buena y muy generosa, señora,
si recuerda y satisface el último deseo de
su respetuosa y humilde servidora,

»ENRIQUETA PERRÍN.»

La señora de Bernard des Vignes pro-
rrumpió en llanto al terminar la lectura
de esta carta. ¡Cómo ha palidecido de re-
pente el sol de junio! ¡Qué triste está este
día de primavera! ¡Y allí encima del di-
ván, en aquella caja abierta, el lindo som-
brero de boda, con su ramo de lilas! ¡Sien-
te disgusto al verlo la desposada de ma-
ñana! ¡Tiene vergüenza!

Sí, ha perdonado y perdona. Sí, cum-
plirá el deseo de la muerta. Pero con los
ojos fijos en la firma de Enriqueta Perrín,
en las dos únicas palabras que la pobre
joven ha podido trazar con su mano mo-

ribunda, la madre de Armando murmura
en voz baja, con acento de vencida, con
un movimiento supremo de rencor y de
celos:

— ¡Le amaba mejor que yo!

FIN

